

ción", lo que se hace es legitimar la desesperación de Witkiewicz, su sentimiento de vivir en un mundo insensato e incomunicado, en el cual, por el hecho de "admirar" así el drama, automáticamente nos instalamos.

No importa demasiado lo que literalmente pudiera decir el autor de su obra; la ironía es un elemento casi sustancial en su dramaturgia, y no hay motivo para pensar que no la empleara con idéntica agresividad en sus textos teóricos.

Encarado con la metafísica, impotente ante la insensatez del mundo, "el hombre Witkiewicz —como literalmente afirmaba Gombrowicz— tiene algo de ser fantástico por su deforme y convulsa capacidad de excitarse frente al abismo de su persona". En este punto de desconexión con la realidad física —con la realidad social—, que acaba pareciendo, por su incoherencia, una pesadilla, de la que el propio soñador forma parte, se alza "La gallina acuática" como un extraordinario testimonio dramático. No es difícil descubrir a través de qué personajes anda escindido el propio Witkiewicz, ni cuáles son los que componen el funambulesco mundo circundante. En definitiva, todos son igualmente fantasmas, pero hay algo que los distingue claramente: mientras unos aceptan serlo y hasta juegan con esa condición, otros sufren a la espera de la revelación que los despierte o conduzca a la vida real. Tal es el caso de Tazio y Edgar; este último, para mayor evidencia de su relación con Witkiewicz, cuestionándose el valor del arte en un mundo sin sentido. Y, por su misma incoherencia, mucho antes que por ninguna razón moral, gratuitamente cruel y agresivo.

Bien mirado, de las diversas muertes que aparecen o se citan en la obra, sólo una es relativamente real: el suicidio de Edgar —no olvidemos que el propio Witkiewicz acabaría suicidándose—, y ello se debe a que, en última instancia, sólo la comunicación con uno mismo ofrece alguna garantía. Si el drama acaba con el pueblo en plena revolución y unos viejos jugando tranquilamente a las cartas, no es, como se diría en el ingenio lenguaje de nuestros días, porque se trate de unos "viejos reaccionarios", sino, siempre desde la perspectiva de Witkiewicz, de

personajes que no tienen entidad social, que asisten fantasmalmente, sin nada que afirmar, a la fantasmagoría global de la vida humana. Es la metafísica, la angustiosa necesidad de contestar a "todas las preguntas", la que remodela el carácter menesteroso y aun el pánico de la condición humana.

En mi comentario de "La madre" —otro gran texto de Witkiewicz, incluido, como "La gallina acuática", en los "Cuadernos Prácticos" de la Editorial Fundamentos— hacía una serie de consideraciones que no es cosa de repetir aquí. Si quiero, sin embargo, señalar hasta qué punto la calificación de obra puramente "formal" —al margen de la equivocidad de esta adjetivación— de un texto como "La gallina acuática" puede evidenciar el esquematismo de ciertos cánones realistas.

Como es bien sabido, todos los extremos se legitiman entre sí. Y en la patética contemplación witkiewicziana del mundo, en su agonía de hombre radicalmente desasido de la historia social, quizá tenga parte antagonista la simplificación demagógica y mutiladora que tantas veces se ha empleado —hemos empleado todos— para explicar esa historia.

Las versiones de "La madre" y "La gallina acuática" son de Juan Caño Arecha —La primera, en colaboración con Miguel Narros—, con quien el teatro español acaba, por el enorme valor de las obras, de contraer una deuda importante. ■ JOSE MONLEON.

Cambio social y crisis sanitaria

El sector sanitario es un sector en crisis, afirma categóricamente Alberto Infante al comienzo de su trabajo sobre cambio social y crisis sanitaria. El trabajo da título a un volumen colectivo (número 4 de la colección "Temas actuales", de Editorial Ayuso) de amplia temática y amplia participación. Daniel Lacalle señala en el prólogo que el libro no surge de la nada y así es. Parte de sus trabajos aparecieron antes en revista, entre ellas ésta.

La crisis es profunda e intensa, más acaso de lo que es la cri-

sis que afecta al sector en otros países europeos. Infante cita una encuesta de principios de 1975, en la que un 94 por 100 de los médicos consultados se mostraban partidarios de una reforma sanitaria. Ciertamente, el porcentaje, envidiable incluso para el más amañado de los plebiscitos, es aplastante y de sobra indicativo. Argumentos y explicaciones para ese cambio ofrecen aquí una serie de autores —Infante, Lobo, Villalanda, Casco, Ariza, Alvarez, Germán, Borrasteros, Sánchez Clemente, Marset y el Grup Estudis Medics I— desde una serie de perspectivas diversas y complementarias entre sí.

farmacéutica, hospitales, barriadas, Medicina de empresa, etc., son temas estudiados a continuación. Cualquiera de ellos presenta un cúmulo de problemas, y en cualquiera de estos problemas surge, antes o después, la necesidad del cambio social como supuesto previo a la solución. Esto se ve claro en el caso de los barrios, que desde un punto de vista sanitario (y no sólo desde este punto de vista, por supuesto) son representativos de las carencias y dificultades del sector; son asimismo ejemplo de la trabazón de la problemática sanitaria con la urbanística, y a su vez de ésta con otra, y así sucesivamente hasta la formación



Los diversos trabajos van examinando el caso desde un punto de vista general, primero, para pasar a aspectos más concretos. El papel creciente de la preocupación sanitaria se refleja ya en programas y plataformas políticas (el "vivre mieux, changer la vie" de la izquierda francesa) y, por supuesto, se manifiesta en el ambiente de reforma de la sanidad española que enuncias como la antes citada ponen al descubierto. Siempre, desde luego, tenemos que considerar el hecho de que "el debate sobre las alternativas de reforma va inmerso en el debate sobre el futuro de la democracia en España, y, como tal, ha de ser en la actualidad, sin la libertad e información precisas, incompleto".

Seguridad Social, industria

de una cadena... Penuria en barrios y penuria también en la misma Medicina de empresa. Julián Ariza, que se ocupa de este aspecto, viene a concluir sobre ello: "La causa de este pobre panorama ha de buscarse en el hecho de ser la empresa la que retribuye a este personal (se refiere al personal sanitario), lo cual, lógicamente, frena cualquier iniciativa que pueda suponer gastos considerables e interrupciones del ciclo productivo". En esta ocasión, quien paga manda. En otras, no. Si "hoy la Seguridad Social es financiada casi exclusivamente y de modo creciente por lo trabajadores", en cambio, "llama la atención la enorme desproporción entre los grandes porcentajes de reservas y el bajo nivel de las prestaciones". ■ V. M. R.